

LAUDATIO DE MIGUEL DELIBES

Cúmpleme llevar a cabo, por encomienda de la Facultad de Ciencias y como representante del Departamento de Biología Animal de la Universidad de Málaga, la grata misión de pronunciar la *laudatio* del Profesor Miguel Delibes de Castro, cuya propuesta de nombramiento de Dr. Honoris Causa fue realizada por la Junta del citado Centro en marzo de 2011 y aprobada por el Claustro en fecha y circunstancias ya citadas por Sr. Secretario General. Dicha propuesta se acoge a una tradición académica de origen medieval que data de 1274, se fundamenta en los méritos relevantes que concurren en el doctorando, y se ve reforzada por la especial y fecunda vinculación que ha tenido con nuestra Universidad desde 1984.

Miguel Delibes de Castro es castellano de origen, vallisoletano de cuna, andaluz de adopción y universal de vocación. Por una de esas casualidades de la vida, que a la postre aparentan ser premonitorias, comparte fecha de nacimiento con Charles Darwin, aunque afortunadamente para él y para quienes le apreciamos median entre ambos cinco generaciones. En cualquier caso no fue esta azarosa circunstancia la que le impulsó, durante su infancia y adolescencia, a un diálogo permanente con la naturaleza ni la que despertó su afición por la Biología. Incluso me atrevo a aventurar, ejerciendo como exégeta de aquellos primeros capítulos de su etapa juvenil, que tampoco fueron determinantes la exquisita pluma de su padre o la copiosa producción periodística y literaria que, ya para entonces, había pergeñado. Pesó más el ejemplo cotidiano del progenitor, su forma de amar y relacionarse con el paisaje vegetal y su fauna, la pasión que en él despertaban el terruño natal y sus habitantes. Todo ello se convirtió, letra a letra, en el mejor libro de texto para Miguel y sus seis hermanos.

Como les sucedió a tantos chavales de los años 60, la caza fue para el primogénito de los Delibes de Castro el cordón umbilical que alimentó su pasión por el medio natural, obviamente en compañía de su padre, al que todos considerábamos un escritor que cazaba hasta que él mismo nos sacó del error autodefiniéndose como un cazador que escribía. Sin embargo, la vocación cinegética del doctorando, como también le sucedió a Darwin, dejó paso a otras inquietudes naturalistas que le hicieron cambiar definitivamente la escopeta y la canana por los prismáticos y el cuaderno de campo. Más que un proceso evolutivo saltacionista fue un tránsito gradual, si bien el hito que puso de manifiesto su irreversibilidad hizo crisis el día que abandonó una mano de perdices en predios pucelanos, para enfrascarse en la recogida de unas egagrópilas de mochuelo al pie de unas tapias, con el consiguiente enfado y reprimenda paternos.

Miguel Delibes cursó la carrera de Ciencias Biológicas en la Universidad Complutense de Madrid, obteniendo el título de Licenciado en 1969. Le emularon sus hermanos Ángeles, Adolfo y Juan. Durante años constituyeron una cohorte de biólogos que acabó transformándose en saga, cuando Miguel

Delibes Mateos decidió seguir los pasos de su padre y de sus tíos en la Universidad Hispalense. Resultaba inevitable que bajo la alargada sombra del ciprés germinaran sus semillas. Pero no debemos olvidar que la tierra fecunda que les dio vida desempeñó un papel quizás menos conocido aunque igualmente importante. Por desgracia, la prematura marcha de Ángeles de Castro, la señora de rojo sobre fondo gris, el *alma mater* del clan Delibes, no le permitió compartir en vida con sus vástagos los éxitos personales y profesionales que, poco a poco, granaron en sus ramas.

Los inicios profesionales del doctorando estuvieron ligados a Félix Rodríguez de la Fuente. Recién terminada la carrera pasó a formar parte del equipo redactor del proyecto Fauna Ibérica, dirigido por el tenaz naturalista. El éxito editorial de la obra fue extraordinario, hasta el punto de haber sido traducida a más de 15 idiomas. La relación entre Félix y Miguel fue estrecha e intensa, con el amigo de los lobos no podía ser de otra manera, y dejó una huella profunda en el joven Delibes. De hecho, él siempre ha reconocido que quien le inculcó el amor por la naturaleza fue su padre, mientras que Rodríguez de la Fuente le enseñó a escribir, y a éste lo evoca como un hombre cercano, amistoso y buen maestro.

Al cabo de tres años, el prestigioso ecólogo José Antonio Valverde le ofreció al doctorando la oportunidad de irse a trabajar con él. El Dr. Valverde era entonces director de la Estación Biológica de Doñana, había sido el fundador de la Reserva Biológica en 1964 y quien había impulsado la creación del Parque Nacional en 1969. Para el doctorando no fue una decisión sencilla. La oferta era tentadora pero implicaba el riesgo de la incertidumbre, cambiar la faceta divulgadora donde se sentía cómodo, reconocido y bien remunerado por la incierta senda de la investigación, probablemente más agreste e insegura, anónimo todavía entre quienes la transitaban y con menos trigo en las alforjas.

En cierta ocasión, el escritor estadounidense Ray Bradbury comentó que el mejor científico está abierto a la experiencia y que ésta empieza con un romance, es decir, la idea de que todo es posible. Y como dijo Paulo Coelho, la posibilidad de realizar un sueño es lo que hace que la vida sea interesante. Para el doctorando estas reflexiones se habían convertido en una firme convicción. La proposición del Dr. Valverde no aparentaba ser un canto de sirena, así que, renunciando al prudente comportamiento de Ulises descrito tal vez por Homero en el Canto XII de la Odisea, decidió entregarse al misterioso encanto de la investigación y puso rumbo a las Marismas del Guadalquivir. Desde entonces lo que hoy es crónica y algún día se convertirá en historia testimonial la mutua fidelidad que ambos -Doñana y él- se han profesado, hasta el punto de que paisaje y figura componen un binomio inquebrantable.

Sin embargo la vida en el Coto no fue un camino de rosas y los primeros años se le antojaron menos amables de lo que esperaba. Recién casado, viviendo de una beca y a trasmano de la

civilización, enfrascado en su tesis doctoral, con muy pocas comodidades y frecuentes penurias en el Palacio de Doñana, magnificadas tras el nacimiento de su primer hijo, logró superar junto a Isabel, su mujer, todos los escollos que acá y acullá afluían. Bastante tiempo después Isabel sigue evocando con nostalgia aquella época y aquellos pagos, a pesar de lo poco hospitalarios que a veces resultaban para dos jóvenes habituados al confort urbano. En cierta ocasión le preguntó a su marido por qué se habían marchado. Entonces afloró la respuesta lacónica de un adusto castellano:

-“Porque quisimos”.

Doñana, en los años 70, distaba de ser el espacio natural bien estudiado y conservado que hoy conocemos. La obra del Dr. Valverde peligraba porque la amenazaban la implementación de planes agrícolas de regadío, proyectos turísticos poco respetuosos y la reticencia a replantear el futuro de la caza mayor y de las aves acuáticas. Por otra parte Doñana suscitaba la atención de ecologistas, investigadores nacionales y extranjeros y de una sociedad que, entre bostezos, despertaba del sueño secular de la indolencia en materia medioambiental. En su creación como espacio protegido habían intervenido personas, instituciones y fondos exógenos, pero quienes tenían que darle continuidad a los esfuerzos iniciales y consolidar su conservación era la propia tripulación. De ahí que el Dr. Valverde enrolara a jóvenes investigadores cuidadosamente seleccionados para afrontar con éxito semejante reto. Y he aquí que uno de ellos, como anteriormente apuntamos, fue Miguel Delibes.

Su tesis doctoral versó sobre la ecología trófica del lince ibérico, dirigida por su mentor científico a quien también se deben los primeros estudios demográficos y recomendaciones que condujeron a declararlo especie no cinegética en 1966. El propio doctorando ha referido en más de una ocasión que se sentía extraño tratando de estudiar a una especie que nunca había visto en libertad y a la que tardó varios meses en localizar. Esta pequeña anécdota refleja la situación preocupante por la que ya atravesaba el mayor felino de nuestra fauna mediados los años 70, sobre todo si se tiene en cuenta que un siglo atrás ocupaba gran parte de la Península Ibérica. Finalmente defendió su Tesis en la Universidad Complutense de Madrid (1977), obteniendo la máxima calificación. Ese mismo año disfrutó de una breve estancia en el Laboratoire d'Ecologie Generale del CNRS en Brunoy (Francia), becado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).

En 1978 obtuvo por oposición la plaza de Colaborador Científico del CSIC, lo que definitivamente le ancló en la Estación Biológica de Doñana. En 1986 pasó a ser Investigador Científico del citado organismo y un años más tarde se convirtió en Profesor de Investigación. Poco después fue nombrado director de la Estación Biológica, cargo que ejerció entre 1988 y 1996. Los treinta y seis años que median entre su adscripción al cuerpo de funcionarios y el momento actual, etapa en que el científico

maduro poco a poco se fue convirtiendo en puntal de la ciencia española, no son fáciles de sintetizar. Los cambios se suceden en Doñana, la Estación Biológica se transforma en un centro de investigación con prestigio internacional y la figura del Dr. Delibes brilla con luz propia. No son tres historias distintas que discurren en paralelo, sino un único relato pergeñado desde tres perspectivas complementarias.

En 1980 el Parque Nacional fue considerado por la Unesco Reserva de la Biosfera y ampliado en 2012. La propia Unesco le había otorgado en 1994 el título de Patrimonio de la Humanidad. En 1982 fue incluido en la lista de humedales del Convenio de Ramsar. En 1989 la Junta de Andalucía crea el Parque Natural del Entorno de Doñana, posteriormente ampliado en 1997. En 1999 ambos Parques, Nacional y Natural, se transforman en el Espacio Natural de Doñana, cuyos principios inspiradores fueron el mantenimiento de los procesos ecológicos, la investigación científica, la preservación de la biodiversidad y, en especial, la protección del patrimonio ambiental, la potenciación económica de dicho Espacio Natural y la concepción unitaria de sus territorios.

Aún a riesgo de pecar de reiterativo, procede recalcar que nada de esto hubiera sido posible sin esa pléyade de abnegados estudiosos que, aparte de buena ciencia, tuvieron el acierto de transmitir a la sociedad la importancia del entorno a través de los resultados de sus investigaciones. Y cuando digo buena ciencia lo hago aquí en el sentido del historiador latino Salustio, o sea, la que satisface porque ha sabido hacer virtuosos a quienes la profesaron. Hecha esta aclaración, es obligado referirse al papel decisivo que desempeñó la revista *Doñana, Acta Vertebrata*, editada por la Estación Biológica entre 1974 y 1997, como medio de difusión de los nuevos conocimientos generados por sus investigadores. Las contribuciones científicas del doctorando fueron en ella habituales durante el tiempo en que se publicaba con una periodicidad semestral.

La Estación Biológica tenía como objetivo fundacional la investigación, conservación y difusión del patrimonio natural de Doñana. Era un centro de investigación aplicada, pionero en una actividad que años más tarde fue bautizada como Biología de la Conservación. El doctorando formó parte de aquella primera hornada de jóvenes entusiastas que con su esfuerzo y labor seminal se adelantaron a su tiempo. Tomo prestadas unas palabras de su colega y amigo, el Profesor Carlos Herrera, para sintetizar los méritos profesionales del Profesor Delibes: abundancia y calidad científica de sus publicaciones, coherencia interna de su línea de investigación y decisiva contribución al nacimiento y desarrollo en España de la Biología de la Conservación. Más allá de estar de acuerdo con ello, que como caso particular podría interpretarse bajo el prisma de una mera conjunción de opiniones, me atrevo a decir que se trata de un diagnóstico ampliamente compartido y respaldado por quienes conocen su trayectoria científica.

Miguel Delibes es un zoólogo que ha destacado fundamentalmente en el campo de la biología, ecología y evolución de los mamíferos, tanto en la faceta investigadora como en el plano docente, dentro y fuera de España. Los carnívoros han sido el grupo al que mayor esfuerzo y tiempo de estudio ha dedicado y, dentro de ellos, el lince ibérico representa el buque insignia de su investigación. Los resultados de sus trabajos le han convertido en un especialista mundial dentro de esta temática y, sin duda, en el más reputado experto en la biología, problemática y conservación del felino más amenazado del planeta.

Este vasto caudal de conocimientos le ha sido posible atesorarlo y difundirlo gracias al empleo de técnicas punteras de investigación. Su constante preocupación ha sido saber cada día un poco más de los carnívoros, gracias a la implementación de sofisticadas metodologías, en líneas tan diversas como la ecología trófica, el comportamiento, el uso del tiempo y del espacio, la competencia interespecífica, la filiación genética de las especies y su variabilidad interpoblacional, los factores que limitan sus áreas de distribución y la tipificación de los problemas creados por las actividades humanas. Por eso nunca perdió el paso y ha sabido mantenerse al día, al compás de los espectaculares avances tecnológicos que han revolucionado el mundo de las Ciencias Naturales y el campo de la investigación durante las últimas décadas.

Su papel como biólogo de la conservación ha trascendido más allá de los mesocarnívoros ibéricos y de sus hábitats. Otras especies amenazadas como el oso, el águila imperial ibérica o el quebrantahuesos también han sido objeto de sus estudios y preocupaciones, así como resultan destacables sus contribuciones al conocimiento de la biología de elementos faunísticos clave o singulares en los ecosistemas mediterráneos, como el conejo o la rata de agua, por citar un par de ejemplos alusivos. En definitiva, a lo largo de su dilatada carrera investigadora ha sabido diversificarse en pro de la especialización, siempre refractario a saber mucho de muy poco. Esto le ha convertido en polo de atracción internacional de colegas y discípulos y en foco emisor de sólidos conocimientos científicos.

Laudar al doctorando no obliga a abusar del verbo porque sus méritos como investigador pueden ser cuantificados de forma objetiva, utilizando criterios de calidad reconocidos y aceptados por nuestro gremio. Su producción científica se compone de 190 publicaciones en revistas indexadas en el Science Citation Index, entre las que destacan *Science*, *Ecology*, *The American Naturalist*, *Conservation Biology*, *Biological Conservation* o *Ecological Monographs*. Además es autor en solitario o coautor de otros 67 artículos recogidos, la mayoría, en revistas científicas españolas. Ha sido autor o editor de 12 libros y monografías y sus contribuciones escritas en obras colectivas se cifran en 84. Como consecuencia de ello, en los últimos veinte años ha sido citado 3852 veces por otros investigadores en 2496 artículos científicos distintos, con un promedio de citas por elemento igual a 21,76. Posee un índice H (de Hirsch) de 34, lo que

significa que 34 de sus publicaciones han sido citadas al menos 34 veces cada una, y forma parte del 1% de autores más referenciados, en los últimos diez años, dentro de su especialidad.

Abundando en su labor científica, ha participado en más de 50 proyectos, programas, contratos y convenios de investigación, figurando como Investigador Principal en 37 de ellos. España, Portugal, Argentina, México, Brasil y Marruecos delimitan el marco geográfico donde se han desarrollado. Asimismo ha asistido a 58 congresos y coloquios de su especialidad, tanto en el ámbito nacional como internacional, aportando más de 100 comunicaciones orales y en paneles.

Una de las facetas más brillantes y reconocidas del doctorando es su capacidad formativa. Quienes han disfrutado de su magisterio destacan en él no sólo los conocimientos que atesora sino el modo en que los transmite, una mezcla de entusiasmo y sencillez que al discípulo le resulta contagiosa. Nunca ha presumido de navegante solitario ni moró en la torre de cristal en la que algunos investigadores se encastillan. La ciencia actual la entiende como un emprendimiento colectivo, según preconizaba Claude Bernard al afirmar que el arte es “yo” mientras que la ciencia es “nosotros”. El grupo ha sido su hábitat natural y el liderazgo su nicho ecológico, a veces incluso en contra de su voluntad o deseo. Ha dirigido 23 Tesis doctorales cuyos autores, a su vez, han formado nuevos doctores que se sienten orgullosos de ser nietos científicos de Miguel Delibes. Y cuando un sentimiento de esta naturaleza fluye de forma espontánea es porque el carisma del fundador del grupo o red de colaboradores, no sabría en este momento discernir el calificativo más adecuado, ha circulado como la savia desde la raíz hasta las ramas del árbol en crecimiento.

La labor divulgadora del doctorando no se limitó a las primeras etapas de su carrera profesional, sino que la ha seguido cultivando a lo largo de toda su vida. Para él siempre ha tenido mucha importancia que los resultados propios y ajenos de la investigación llegasen a la sociedad, que a la postre es quien la financia y a la que se debe rendir cuentas de los éxitos y fracasos generados con fondos públicos. Sin duda, sería poco elegante por mi parte, embarazoso para el Profesor Delibes e innecesario a todas luces entronizarlo como el mejor entre los de su talla, ya sea en la vertiente investigadora o divulgadora. Pero no es menos cierto que la conjunción de ambas, en armónica convivencia, lo eleva a cotas difíciles de alcanzar. Por su magnitud resulta más apropiado recurrir de nuevo a las cifras: 45 artículos de alta divulgación publicados, varios libros entre los que resalto *Vida: la Naturaleza en peligro* (2001) y *La Tierra herida* (2006), este último en coautoría con su padre, y 165 participaciones como profesor en cursos y seminarios. Además, numerosas conferencias, mesas redondas, contribuciones periódicas en diarios y revistas así como otras aportaciones en distintos foros y medios engrosan el bagaje divulgador de su currículo.

Si Miguel Delibes hubiera nacido en el Renacimiento, tal vez hoy lo catalogaríamos como uno de aquellos humanistas que contribuyó a mover el mundo occidental con la palanca de su obra. Es más, con cierta dosis de chauvinismo, podríamos hacer notar que fue Darwin quien nació el mismo día que el doctorando. Pero no es el caso. A lo largo de esta exposición he tratado de poner de manifiesto y demostrar que, como zoólogo y biólogo de la conservación, tiene méritos suficientes para ocupar un escaño en los anales de la ciencia moderna. Pero quiero ir más allá y mostrar lo que no aparece reflejado en su hoja de servicios. Decir de él que es un investigador fervoroso de la óptica transdisciplinar es cierto pero insuficiente. Hay algo que deseo añadir. Debajo de la ilustre toga que hoy lo inviste habita un hombre sencillo que transita por la vida con los sentidos alerta, cuaderno en mano, anotando con su letra menuda lo que a otros nos pasa desapercibido. Este es el secreto del maestro: seguir siendo un infatigable aprendiz.

En su cuaderno de bitácora, racionalidad, medida, tenacidad, elegancia, astucia y honestidad sintetizan los atributos más conspicuos de su personalidad. No es un polifacético al uso aunque pueda parecerlo, ni un especialista que sólo sabe de lince y otros parientes depredadores. Sin ser ecologista confeso ha bregado por conservar la biodiversidad allá donde le han dado cancha. En este quehacer se ha forjado y su ejemplo ha creado escuela. Su voz autorizada cuenta y pesa en materia política de conservación desde hace varias décadas. No en vano ha sido asesor gubernamental en la Conferencia sobre Biodiversidad celebrada en Río de Janeiro en 1992, fundador y presidente durante 23 años de la Sociedad Española para la Conservación y Estudio de los Mamíferos (SECEM), miembro del Patronato de Doñana y de la Junta Rectora de tres Parques Naturales, así como ha formado parte de comisiones, Fundaciones, grupos de trabajo y reuniones donde la ciencia de la conservación tenía algo que decir o reivindicar. Concluyo citando que desde el año pasado ostenta la Presidencia del Consejo de Participación de Doñana, cargo en el que relevó a D. Felipe González Márquez.

Como no podía ser de otra manera, su fecunda labor ha sido ampliamente reconocida y por sus méritos laureada en diversas ocasiones. En los últimos 15 años ha recibido más de una decena de premios, entre los que cabe citar el *Premio Nacional Félix Rodríguez de la Fuente de Conservación de la Naturaleza* (2001), el *Premio del Mérito a la Conservación del WWF Internacional* (2001), el *Premio a la Protección del Medio Ambiente “Rey Jaime I”* (2003) y el *Premio Nacional de Investigación “Alejandro Malaspina” en Ciencias y Tecnologías de los Recursos Naturales* (2005). Precisamente en este mismo año fue elegido Académico Numerario por la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, ingresando en ella el pasado mes de mayo (2014) para ocupar el sillón número 23, tras pronunciar su discurso de recepción titulado *“Ciencia y compromiso: la Biología de la Conservación”*.

A conciencia he reservado para el final lo que sin duda representa el aspecto más emotivo de esta exposición. Me estoy refiriendo a los vínculos profesionales y amistosos que desde hace exactamente treinta años ligan al doctorando con la Universidad de Málaga, cuando la Estación Biológica de Doñana estaba trasladándose de Heliópolis al Pabellón del Perú y nuestra Facultad de Ciencias hacía las maletas para abandonar La Misericordia. Todo empezó con su generosa participación en un curso de Mamíferos organizado por el entonces Departamento de Zoología malagueño. A partir de aquel momento siempre que se le ha requerido, y han sido muchas las ocasiones, ha atendido desinteresadamente todas y cada una de las invitaciones que directa o indirectamente tenían que ver con la UMA.

Al cabo de unos años el proyecto que formalmente le integró entre nosotros fue la gestación y posterior creación de la Sociedad Española para la Conservación y Estudio de los Mamíferos (SECEM). Desde sus albores la Sociedad fijó su sede en el Departamento de Biología Animal, donde sigue ubicada su secretaría, bajo la presidencia del doctorando y con el apoyo de tres profesores de la *Universitas malacitana* en su Junta Directiva. Próximos a celebrar las bodas de plata de la SECEM y de su presidente al frente de ella, estimo innecesario abundar en la estrecha colaboración que durante casi cinco lustros hemos mantenido, la cual nos ha permitido crecer para dar cabida a casi el millar de socios, muchos de ellos colegas portugueses.

A comienzos de la presente década, la Asamblea General de las Naciones Unidas, mediante la Resolución 65/161, decidió declarar el período 2011-2020 Decenio de las Naciones Unidas sobre la Biodiversidad. El motivo de tal designación fue poyar la aplicación del Plan Estratégico para la Diversidad Biológica y alcanzar las veinte Metas de Aichi, con el fin de promover la convivencia en armonía con la naturaleza e integrar los diferentes niveles de la biodiversidad. El reto consiste en cumplir los cinco objetivos estratégicos siguientes: abordar las causas subyacentes de la pérdida de la diversidad biológica, reducir las presiones directas que recibe y promover el uso sostenible, mejorar su estado mediante la protección de los ecosistemas, las especies y la diversidad genética, aumentar los beneficios colectivos de los servicios que prestan la diversidad biológica y los ecosistemas, así como favorecer su aplicación mediante la planificación participativa, la gestión del conocimiento y la creación de capacidades.

Estas políticas globales indudablemente son necesarias y cada vez más perentorias. Por fortuna la toma de conciencia sobre la problemática ambiental se extiende como mancha de aceite en medio isotrópico, aunque queda un largo y arduo camino por recorrer. No es ahora mi intención adentrarme en él sino retroceder en el tiempo, para rescatar de la memoria la firmeza y empeño que unos pocos derrocharon hasta hacernos entender que la Naturaleza está en peligro porque la Tierra está herida. También es el momento de dedicarle nuestra gratitud a quienes lo hicieron posible y rendir un cálido homenaje a uno de

estos paladines de la conservación, que como podrán imaginar se trata, en este caso, del doctorando. Y nada más oportuno y acertado que aprovechar que transitamos por el Decenio de la Biodiversidad para laurear al prestigioso zoólogo.

Profesor Delibes, Miguel, te seguimos necesitando entre nosotros. El doctorado Honoris Causa es la máxima distinción que la Universidad otorga a quienes el Claustro estima acreedores de ella. Tal distinción es motivo de orgullo y satisfacción para todo aquél que la recibe por sus méritos relevantes. Pero también lo es para la institución que concede el supremo galardón académico, porque incorpora entre sus filas a una eminente personalidad que incrementa su acervo sapiencial y la nobleza espiritual de su capital humano.

Profesor Delibes, gracias por aceptar la distinción *ad Honorem* para la que ha sido propuesto y por querer, en definitiva, seguir siendo de los nuestros.

Así pues, considerados y expuestos todos estos hechos, dignísimas autoridades y claustrales, solicito con toda consideración, y encarecidamente ruego, que se otorgue y confiera al Excmo. Sr. D. Miguel Delibes de Castro el supremo grado de Doctor Honoris Causa por la Universidad de Málaga.

Juan Mario Vargas Yáñez

Catedrático de Zoología

Universidad de Málaga

DISCURSO DOCTOR HONORIS CAUSA: MAMÍFEROS EN SOCIEDAD

He de comenzar expresando mi reconocimiento por la distinción que me otorgan invistiéndome como Doctor *Honoris Causa* por esta Universidad de Málaga. Lo entiendo como el más alto galardón académico a que un investigador puede aspirar. Algo, a buen seguro, muy por encima de mis merecimientos. Por eso estoy convencido de que las viejas razones del corazón, a que aludía Pascal, han tenido mucho que ver con su generosa disposición para invitarme a formar parte, con ustedes, de este Claustro. Tiempo tendré de volver sobre ello.

Muchas y emocionadas gracias, pues, a la Excma. Sra. Rectora y al Claustro de la Universidad de Málaga, que han aprobado y refrendado la propuesta que les hizo llegar la Facultad de Ciencias a iniciativa del Departamento de Biología Animal. Muchas gracias a todos los miembros de este Departamento, y en particular a quienes dentro del mismo concibieron la idea. Muchas gracias a las instituciones universitarias que apoyaron la propuesta. Y muchas gracias, por fin, a los claustrales que hoy me arropan con su presencia, así como a los familiares y amigos que han tenido a bien acompañarme en este acto.

Si mujeres y hombres nos sentimos a gusto formando parte de un grupo, si nos ilusiona ser invitados a integrarnos en otro antes ajeno, es porque somos animales sociales. No es frecuente, por más que a los humanos nos parezca lo más natural. Entre los estudiosos del comportamiento animal que recibieron el Premio Nobel de Medicina en 1973 se contaba Karl von Frisch, nacido en Viena pero muy ligado a Munich. Trabajó con insectos sociales y descubrió, entre otras muchas cosas, la "danza de las abejas", esa complicada manera en la que unas obreras informan a otras de dónde hay comida. Cuando una abeja descubre un recurso abundante no guarda el secreto, sino que advierte a las demás para que lo aprovechen. Porque la esencia de la vida en grupo es la cooperación. Muchas especies de abejas, hormigas y termitas son insectos eusociales, el más alto grado de sociabilidad entre los animales. Sus grupos incluyen diferentes castas que se reparten el trabajo, pero sólo alguna cuenta con individuos reproductores, aunque todos colaboren en la crianza de la prole.

Lo más parecido al comportamiento de los insectos eusociales que conocemos entre los vertebrados se da en dos especies de mamíferos, el grupo faunístico al que ustedes y yo pertenecemos, a cuyo estudio he dedicado gran parte de mi vida, y el que más me ha unido a la Universidad de Málaga. Se trata de las ratas-topo lampiñas, del género *Heterocephalus*, y la rata-topo de Damara, del género *Fucomys*. Centrándome en las primeras, no son animales agraciados, pero pasan su vida bajo tierra, apenas pueden ver, y sin duda, a su manera, ellas se encuentran atractivas. En todo caso, sus características y forma de vida son particulares, y en ocasiones envidiables. Por ejemplo, no experimentan dolor en la piel y parecen resistentes al cáncer. Pero su peculiaridad más destacada es que, en sus colonias de hasta 200 ejemplares, sólo una hembra, la reina, extraordinariamente longeva para tratarse de un pequeño roedor, se reproduce con dos o tres machos, mientras que los restantes individuos, de tamaño desigual, se dedican a abrir y limpiar las galerías subterráneas, acarrear alimento y cuidar a las crías.

Las ratas-topo lampiñas suponen una excepcional convergencia en comportamiento entre los vertebrados, en particular los mamíferos, y las hormigas y abejas. Dentro de la Clase Mammalia es mucho más frecuente, sin embargo, la vida relativamente solitaria, sin apenas más interacciones sociales que las relacionadas con el sexo en la época de reproducción, o las que ligan a madres e hijos. Pero he dicho “apenas” por algo, pues con frecuencia también existen interacciones, generalmente tensas, entre vecinos. El lince ibérico, a cuyo estudio he dedicado mucho esfuerzo, puede ser un buen ejemplo de este tipo de vida social, sin pretender entrar en honduras. Los machos adultos son solitarios y territoriales, pero identifican a sus vecinos por sus marcas olfativas y generalmente los respetan; dentro del territorio de cada macho hay una o más hembras, también territoriales entre sí y viviendo en soledad, excepto cuando tienen cachorros. Aunque llamamos a los lince felinos solitarios, la suya es una estructura social relativamente complicada.

Las relaciones sociales entre conspecíficos son un paso más complejas en aquellas especies que, temporalmente o de forma duradera, viven en parejas monógamas aisladas. Estos casos no son

frecuentes entre los mamíferos, aunque se dan habitualmente en topillos del género *Microtus*, por ejemplo. Más habitual es la formación de grupos, ya sean rebaños entre los ungulados, manadas en los leones o tropas entre los cetáceos. Los integrantes de un grupo obtienen ventajas por vivir junto a otros. A veces, esas ventajas son tan simples como compartir un refugio escaso, algo que ocurre a los millares, si no millones, de murciélagos que pueden ocupar una cueva. En otras, se trata de aprovechar un alimento local o temporalmente abundante, o detectar y escapar con éxito de los depredadores, como les pasa a muchos ungulados. Los grandes cazadores sociales, que incluyen leones y lobos, pero también orcas, consiguen cazar más y mejor gracias a la manada.

Los estudiosos discrepan acerca de si la cooperación entre los animales debería ser interpretada como una adaptación generada a escala de grupo (lo que resulta difícil de explicar con los parámetros neodarwinistas), o más bien como una especie de consenso, diríamos, o, si lo prefieren, como el menos malo de los acuerdos, entre los intentos de cada individuo por maximizar su propio éxito reproductor, ya sea directamente, ya a través de sus parientes (lo que se ha llamado “aptitud, o eficiencia biológica, inclusiva”). En todo caso, nadie duda de que si la sociabilidad ha evolucionado en el Reino Animal es porque, en determinados casos y condiciones, los beneficios de asociarse con otros superan a los costes.

¿De qué forma ha evolucionado *Homo sapiens* como animal social? Las sociedades humanas han dilatado los límites propios de las sociedades animales, puesto que, habitualmente (o así debería ser), mujeres y hombres generamos normas para evitar el abuso del fuerte sobre el débil, favorecemos la cooperación entre miembros del grupo, aunque no tengan relación de parentesco entre sí, alentamos el trabajo colectivo, e incluso alumbramos, con no poca frecuencia, empresas comunes que implican elevadas dosis de auto-sacrificio. Seguramente estas pautas han sido favorecidas por la selección natural, en el último par de millones de años, porque iban asociadas a nuestra capacidad de aprender de los otros y de transmitir lo aprendido. En definitiva, a la cultura, que al menos en grado incipiente también puede reconocerse en otras especies de mamíferos, como los chimpancés y algunos delfines.

No es casualidad, ciertamente, que los hábitos culturales tiendan a aparecer en especies sociales y con facultades cognitivas elevadas. El primatólogo Frans de Waal relaciona la capacidad de aprender de los demás con la empatía, el reconocimiento en otros de sensaciones y sentimientos que nosotros mismos podemos experimentar, lo que nos mueve a identificarnos con ellos. Partiendo de la empatía habrían surgido en el proceso evolutivo la cooperación y el altruismo humanos. Puesto que somos capaces de ponernos en el lugar de los otros, podemos tratarlos como nos gustaría ser tratados.

Sólo esa bondad intrínseca del humano como mamífero que vive en sociedad, esa disposición a hermanarse, explica que Málaga me regale hoy, a través de su Universidad, este preciado honor. Porque Málaga ya me había dado, previamente, mucho más que yo a ella. Principalmente a través de dos vías en gran medida independientes: Álora, por un lado, y la SECEM, Sociedad Española para la Conservación y el Estudio de los Mamíferos, por otro.

Hace prácticamente medio siglo, al viajar a Madrid para estudiar, me hice amigo del Perote. En realidad es Juan Calderón, pero es de Álora, así que cuando, en el colegio mayor, le preguntaron "¿Cómo se llama a los de tu pueblo?", y respondió "Perotes", quedó rebautizado para siempre. Naturalistas de afición y fascinados por Rodríguez de la Fuente, Juan y yo decidimos hacernos cetreros. No lo conseguiríamos, pero nuestra ingenua búsqueda de halcones en los farallones más inaccesibles nos llevaría, entre otros lugares, al Chorro y el Desfiladero de los Gaitanes, donde recorrimos parte del Caminito del Rey. Tras aquella primera vez, volví a Álora a menudo. Con las familias Calderón Rubiales y Pérez García aprendí lo que es la hospitalidad andaluza y mucho de lo que es la propia Andalucía. Fui padrino en la boda perota de Juan y Matilde, y actué como chófer para llevar alguna novia al imprescindible monasterio de Flores. En Semana Santa, seguí a los legionarios al castillo y evité inclinarme por Jesús o Dolores para no reñir con nadie. Conocí la "cultura" del limón y escuché cantar verdiales y malagueñas cuneras. Perseguimos perdices en Sierra de Aguas, y hasta descubrimos a los halcones, que habíamos buscado más lejos, en el propio monte del Hacho, sobre las casas del pueblo. Al final del verano de 1972, casi al tiempo en que nacía

oficialmente la Universidad de Málaga, me trasladé a vivir a Andalucía, en concreto a Doñana, adonde el Perote lo haría un año más tarde. Desde entonces, y hasta hoy, hemos trabajado y compartido muchas responsabilidades juntos, día a día, así que cuando nos visita algún antiguo amigo, Juan me comenta con picardía: "¿Por qué todos habrán cambiado tanto menos tú y yo, que estamos igual?"

La Sociedad Española para la Conservación y el Estudio de los Mamíferos no puede entenderse, ni existiría, sin la Universidad de Málaga y, en particular, el Departamento de Biología Animal de la Facultad de Ciencias. A principios de los años ochenta del siglo pasado llegó desde Barcelona el profesor Sans-Coma, entonces volcado en el estudio de los micromamíferos. Pronto se aglutinaría a su alrededor un grupo de jóvenes, a veces procedentes de otras disciplinas, para dedicarse a la mastozoología. Por entonces me invitaron a dictar una clase, y algo después, en 1986, disfrutamos juntos el primer e inolvidable anillamiento de flamencos en Fuentedepiedra. En 1989 un grupito de profesores y yo coincidimos, junto a otros colegas, en una Bienal de la Real Sociedad Española de Historia Natural, en Sevilla. Almorzando en el restaurante Jerymar, de la calle Reina Mercedes, decidimos formar una sociedad de mamíferos. Como uno era el menos joven del grupo, le propusieron como futuro presidente, pero el vicepresidente y el secretario serían malagueños, los profesores Juan Mario Vargas y Luis Javier Palomo.

El profesor Mario Vargas ha hecho hoy el discurso de *Laudatio*. Muchos de ustedes habrán echado de menos una referencia a él en mis agradecimientos anteriores: "¿Cómo no menciona a Mario, que ha ensalzado sus méritos hasta la exageración?". Estaba previsto hacerlo ahora. Que Mario es un magnífico investigador y un gran profesor lo acreditan su *curriculum vitae*, sus alumnos y también mi hijo Miguel, que disfrutó con él, en esta Universidad, de un contrato postdoctoral. Pero es, además, muchas otras cosas. Por ejemplo, me ha nutrido a menudo con sus palabras, pues es un estupendo escritor, también con sus ideas sobre la cacería y la gestión de la naturaleza y, más literalmente, lo ha hecho con sus guisos, que son de chuparse los dedos. ¿Cómo olvidar, entre tantos

otros inolvidables, las alubias con perdiz de Islandia? Porque con Mario hemos viajado a Islandia llevando la bicicleta, y hemos paleado en kayak por Groenlandia y Baja California. Representa para mí, pues, mucho más que un colega. Junto a Paqui, es un amigo cercano, y así lo consideran, asimismo, otros miembros de mi familia.

El profesor Luis Javier Palomo, Javivi, es tal vez el hombre más íntegro, desinteresado, paciente, noble y trabajador que uno haya conocido nunca. Se esfuerza tanto ayudando a los demás, que a veces cuesta trabajo entender sus motivaciones. Por eso, en una ocasión, un compañero comentó, medio en broma, que quizás fuera santo, o un ángel, y que la propia existencia de la SECEM, que él tiene dentro de su cabeza, sería uno de sus milagros. Javivi investiga los micromamíferos de Doñana, monta sondeos de nutrias y ratas de agua y, en general, ofrece garantías de éxito para organizar y gestionar cualquier empresa colaborativa. Llevar casi un cuarto de siglo trabajando a su lado es un honor y sigue siendo un placer.

En 1991 había nacido oficialmente la Sociedad y en 1993 organizamos, en gran medida desde la Universidad de Málaga, el primero de nuestros ya once congresos bienales, que se celebró en Mollina (Málaga). Asistieron muchos jóvenes profesores, doctorandos y estudiantes malagueños, con un buen número de voluntarios. Estaba entre ellos María del Carmen Fernández, Mamen, andaluza del mar que mantiene un rinconcito del alma anclado en la Costa da Morte. Todos lo bueno que uno atribuya a Mamen, estudiante interna, luego doctora en la Facultad de Ciencias, y hoy trabajadora para la SECEM, quedaría por debajo de lo que merece.

No puedo citar los nombres de todos los miembros de la Universidad de Málaga que desinteresadamente han colaborado con la SECEM a lo largo de sus 23 años de vida. Ni siquiera los de aquellos que recuerdo mejor, pues son legión. En representación del conjunto, mencionaré, junto a los ya citados, a tres que, en uno u otro momento, han formado parte de la Junta Directiva. Son José Miguel Ramírez, José Carlos Guerrero y Raimundo Real.

Les decía antes que la empatía, ese producto tardío de la evolución que nos permite ponernos en el lugar de los otros, es en gran medida una peculiaridad del ser humano. En oportuna reciprocidad, nos sirve también para colocar a los demás donde nosotros estamos. Yo me encuentro hoy, ahora, en una situación privilegiada, y me gustaría que todos mis amigos perotes, y los casi mil miembros de la Sociedad Española para la Conservación y el Estudio de los Mamíferos, la compartieran conmigo. A ellos está dedicada.

Por fin, permítanme expresar públicamente mi agradecimiento a toda mi familia, en especial a Isabel, Miguel y Rocío, así como a la Estación Biológica de Doñana del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el instituto donde he desarrollado toda mi carrera investigadora. Desde su creador, el Dr. José Antonio Valverde, a los compañeros de las primeras épocas, cuando vivíamos en la Reserva, y el actual “grupo de carnívoros”, que aglutina Sofía, todos me han llevado, casi sin darme cuenta, a ser lo que soy. También quiero mencionar a mis becarios y doctorandos, que me enseñaron mucho y que, por desgracia, encuentran hoy enormes dificultades para desarrollar una carrera investigadora. Ellos, y otros parecidos, son el futuro de la ciencia española, que no debería perderlos.

Termino como empecé. Este nombramiento me hace feliz, no tanto porque me considere importante, sino porque me siento querido. En el fondo, tal vez a eso aspiramos todos los humanos. De modo que en tal sentido debo entender mi carrera como un éxito, pero les ruego que también ustedes se sientan triunfadores, porque yo también les quiero. Muchas gracias.

DISCURSO DE LA RECTORA

Fue el latín clásico el que nos enseñó la distancia que va desde el poder a la autoridad. Desde la potestas a la auctoritas. El poder va unido a la magistratura. Al mando. Es vinculante. Puede ser impuesto.

La Auctoritas en cambio, es la legitimación socialmente reconocida. Procede del saber. Es la capacidad moral para emitir una opinión cualificada.

El poder caduca. La autoridad moral, en cambio, queda para siempre. Legítima para hablar con libertad. Para denunciar. Para llamar la atención utilizando incluso la alegoría. O la licencia literaria que nace del ingenio. Lo hemos comprobado ahora, en la espléndida lección del profesor Miguel Delibes.

Magister Dixit.

Hoy, el Claustro de la Universidad de Málaga reconoce su auctoritas científica. Le recibe como nuevo Doctor Honoris Causa.

Lo hace con la admiración que se le debe al científico. Al formador de investigadores. También con el afecto que ha cultivado en sus discípulos, y en sus colaboradores del Departamento de Biología Animal de la Facultad de Ciencias.

Miguel Delibes es la sencillez del espíritu cultivado. Herencia paterna.

Tuvo responsabilidades. Pero nunca lujos ni moqueta. Solo pisó pequeños despachos. Como el de ahora, en la Cartuja. Blanco, austero, orientado a las Marismas. Y pisó, sobre todo, tierra. Primero tierra castellana, con su padre, don Miguel Delibes. También con Félix Rodríguez de la Fuente. Cuadernos de Campo, águilas imperiales y fauna ibérica encuadrada. Y el lince ibérico, una de sus grandes pasiones científicas. Y de sus grandes logros.

Después, Doñana. El encuentro de un gran mar con un gran río. Paisajes coloristas y luminosos. Polvorientos, resquebrajados. Humedecidos y anegados. Hospitalarios e intransitables. Paisajes siempre en movimiento. Siempre inacabados.

Los futuros biógrafos de Miguel Delibes contarán como hace treinta años, él y otros científicos españoles dieron vida a una sociedad de biología de conservación. A veces contra viento y marea. Argumentando a escépticos que había un problema mundial. Global. Que era necesario abordar con conocimientos que iban más allá de la biología. Implicar a científicos de otras disciplinas. Economía, Comunicación, Pedagogía,

Sabían que su principal ventaja era también su principal escollo. Habría de ir muy por delante del resto de la sociedad. Predicando en el desierto. O en las dunas de Doñana. Diagnosticando problemas. Proponiendo soluciones científicas, pero sin el poder necesario para aplicarlas.

Debían, en una palabra, implicar a la sociedad. A una sociedad lenta de reflejos y no concienciada. Debían ser conciencia colectiva frente a intereses económicos que no facilitarían precisamente el camino.

Tenían el antecedente remoto de la sociedad americana de los primeros años sesenta. Allí, Raquel Carlson, oceanógrafa y bióloga marina, vio como los pájaros morían en su jardín a causa del DDT. Y se atrevió a escribir un libro con un título largo y acusador. “La primavera se ha vuelto silenciosa porque no hay pájaros”.

La industria química no se lo perdonó. Buscó por todos los medios desacreditarla. Pero el Presidente Kennedy ordenó una encuesta que finalmente le dio la razón. Después, se creó la Agencia Ambiental Americana.

Fue un final feliz, tal vez más propio de Hollywood que de la realidad. De hecho, Kennedy habita en la leyenda, y Kyoto no termina de cumplirse.

La imaginación no subió al poder, como decían en mayo del 68.

Y la investigación, hoy por hoy, tampoco. Sigue en el reducido reducto de la autoridad moral.

Los científicos trabajan para que el mundo de nuestros nietos sea limpio, ecológico, justo. El poder económico trabaja para obtener el mayor beneficio al menor plazo.

Son intereses lógicos, pero de difícil arreglo. Algo tan arraigado en nuestro acervo como “pan para hoy, hambre para mañana”.

Un día, “los dos Delibes”, el padre y el hijo, se sentaron juntos. Quisieron a imaginar el planeta que iban a heredar las generaciones del futuro. Y lo titularon “La tierra herida”.

Era, más que un simple libro. Era una advertencia, un alegato que, ya en la portada, denunciaba la indefensión. Dos niñas andando entre la niebla, protegidas por mascarillas, sin poder ver el horizonte.

No era el problema de una calle. Ni de una ciudad. Hoy por hoy sigue siendo el problema global de un planeta.

Días atrás Miguel Delibes lo explicaba de una manera clara. La civilización implica el dominio del hombre sobre el entorno para hacerlo habitable. Algo tan antiguo como la conversión del “orbe en urbe”.

Pero en ese proceso, hemos llegado demasiado lejos. Hay que dejarle al medio ambiente que desempeñe también su papel. Pero actuando siempre globalmente. O al menos con una visión de conjunto.

Miguel Delibes recuerda como hace años un político quiso abordar en su comunidad el peligro de extinción de los osos. Proponía, simplemente salvarlos todos uno a uno. Sacándolos de un hábitat que ya no era el adecuado.

Está bien, -decía el profesor Delibes-, recurrir a medidas artificiales si hace falta. Pero es mejor proceder al revés. Primero restaurar los ambientes. Y luego recuperar allí las especies perdidas.

Las especies –sigue diciendo- son como “paraguas”. A su sombra nos permiten luchar por la conservación de ecosistemas completos. Por eso, a veces lo más importante no es salvar al oso, o el urogallo en los montes. Lo más importante es conservar los montes. Porque mientras allí habiten osos y urogallos sabremos que hay bosques y otros recursos y que el sistema funciona razonablemente bien.

Si salvamos al oso de una forma exclusivamente artificial, al margen del ecosistema en el que vive, su función como paraguas se habrá perdido.

A veces me he preguntado si estas palabras de Miguel Delibes no van más allá y son aplicables al mundo de la investigación. Porque el investigador necesita también su propio ecosistema.

Años atrás, a los noveles se les advertía de que debían convertirse en corredores de fondo. Les esperaba una carrera larga, dura, que necesitaba grandes dosis de paciencia, una curiosidad insaciable por hallar respuestas que llevarían a nuevas preguntas. En una palabra, tener vocación de investigar. Y ganas.

Pero, como recuerda el profesor Delibes, “en nuestra época de becario no nos importaba demasiado el futuro. Porque estábamos seguros de que después... algo encontraríamos.”

Como país nuestro sueño hace cuarenta años era tener gente bien formada. En Filosofía, en Biología, en Medicina...

La triste paradoja es que ahora que lo hemos conseguido, nuestros investigadores no encuentran aquí el entorno adecuado. No encuentran aquí el ecosistema en el que puedan vivir.

Y emigran sin tener comprado el billete de vuelta.

Y ese diálogo entre generaciones, ese diálogo entre Delibes que se dio en La Tierra Herida, es cada vez más difícil. Porque se va abriendo un vacío entre los investigadores que se retiran y los que siguen sin encontrar su sitio.

Ahora, como el mismo reconoce, recibimos al futuro investigador con cierta prevención. ¿tu estás seguro de que quieres esto? –les decimos- Si estás muy, muy seguro, vale. Conseguirás pasar por encima de las dificultades. Pero si no, serán las dificultades las que pasen por encima de ti.

Concienciar a la sociedad no siempre es fácil. Es un trabajo a largo plazo. Como el de los investigadores.

Miguel Delibes, pese a todo, es optimista. Yo también lo soy. Al menos, tenemos herramientas nuevas. Cada gobierno dedica un ministerio al medio ambiente. Y en la mayor parte de las universidades existe un vicerrectorado de sostenibilidad.

El medio ambiente sigue siendo una carrera larga en la que, pese a todo, no podemos dejar de correr.

En la Universidad que hoy le recibe, Doctor Delibes, todos estamos comprometidos.

Tratamos de reducir al mínimo el impacto ambiental. Tratamos de relacionarnos de la manera mas responsable con nuestro entorno.

Nos unimos al proyecto de Clima Neutro de Naciones Unidas.

Combatimos el cambio climático. Incorporamos la ética ambiental en todas nuestras actividades.

Pero sobre todo, nos esforzamos por sensibilizar. Por enseñar.

Por impulsar una conciencia colectiva. Desde las ciencias y las letras. Desde la docencia y la investigación. Como comunidad que aprende junta.

Profesor Delibes, quiero imaginar nuestro Campus de mañana. El de mis nietos, y el de los nietos de mis nietos. Quiero verlo como un lugar en el que se seguirá aprendiendo entre árboles. Oyendo el canto de los pájaros.

Ayúdenos con su conocimiento y su auctoritas.

Ayúdenos a que esta universidad, y todo el orbe, participen de este sueño. Como el sueño cumplido de esa Doñana al que dedicó usted tantos años de su vida.

Aves construyendo nidos en sus vigorosas ramas.

Monte blanco, en el que cada mañana la primavera vuelva a traer un millón de flores. Flores que el sol marchitará al mediodía. Y serán reemplazadas por otro millón con el próximo amanecer.

Ayúdenos a que la vida sea como Doñana. Donde todo fluya, como decía Heráclito. Donde las estaciones vengan y vayan.

Y la Universidad sea imagen de un mundo, de un planeta que se sosiegue. En su soledad y belleza.

Profesor Miguel Delibes, sea usted cordialmente bienvenido a la Universidad de Málaga.